

## **Cuerpos al borde de una isla, mi salida de Cuba por Mariel. De Reinaldo García Ramos.**



De izquierda a derecha, Luis de la Paz, Reinaldo García Ramos y Rodolfo Martínez Sotomayor en la presentación del libro *Cuerpos al borde de una isla; mi salida de Cuba por Mariel*, que tuvo lugar en el Centro Cultural Español de Coral Gables el 27 de noviembre de 2010. De la Paz leyó un texto sobre el libro de García Ramos y Martínez Sotomayor abrió el acto a nombre de la Editorial Silueta.



Rodolfo Martínez Sotomayor

**Palabras leídas por el editor en la presentación del libro *Cuerpos al borde de una isla* de Reinaldo García Ramos el 27 de septiembre de 2010 en el Centro Cultural Español**

**Por Rodolfo Martínez Sotomayor**

Toda obra tiene un instante de ser concebida, una génesis vital que a veces no comprendemos, hasta mirar en la distancia los hechos que la antecedieron.

Si hemos de creer en un diseño divino del Universo, en causas que surgen para llevar cada cosa a su destino, podríamos decir que *Cuerpos al borde de una isla*, como objeto de un libro, comenzó a nacer esa tarde en que un amigo me dijo que Reinaldo García Ramos había llegado de New York para quedarse y presentaría en Miami un libro de poemas.

Reinaldo no era sólo aquel escritor y editor tenaz que junto a Reinaldo Arenas, Juan Abreu, Luis de la Paz, Carlos Victoria y otro amplio grupo de colaboradores, habían creado la mítica revista *Mariel*; era un poeta que destilaba reflexión en sus versos, que sabía que la vida era ese constante aprendizaje de las pérdidas, que asimilaba el desarraigo ahuyentando la rabia del desterrado, refugiándose en un microcosmos creado a su antojo, en la búsqueda incesante de la luz, en la calma del hombre que acepta su inevitable vacío, su ineludible soledad.

Todo eso me transmitían sus poemas, pero uno en especial se grabó en mi memoria como suele hacerlo por causas desconocidas, algún fragmento de obra al azar, era el poema *Estanque delicioso*, en ese libro recién descubierto: *En la llanura*.

El autor evocaba un misterioso y seductor Estanque cubierto entre los árboles, aún cuando le aterrorizaba hacerlo, se hundía entre sus aguas cristalinas, describía con calma sus pasos cuidadosos hasta el sereno centro, sus pies resbalaban en el fondo y era sólo entonces cuando encontraba en medio de esa calma, las viejas alimañas de las profundidades: culebras y tentáculos, soberbias fauces familiares que se acercaban con un ruido ondulante.

Partiendo de este poema, se me ocurre evocar esa definición del verdadero arte surgiendo del inconsciente espontáneo, Reinaldo es de esos seres no tan comunes que no andan pregonando a cada paso los golpes recibidos. Su poesía, su obra, tiene la paz de aquel Estanque aunque haya en sus versos la intensidad de lo vivido, siempre la calma emana en ellos y es la sutileza el mecanismo utilizado para el mensaje certero.

Cuando Reinaldo me habla de su libro, *Cuerpos al borde de una isla*, cuando lo hace llegar a mis manos, esperaba un poemario. Cuando me dice que se trata de un testimonio, novelado además, del tema del *Mariel*, despierta en mí una curiosidad enorme y me pregunto: ¿Qué contará Reinaldo de su experiencia? ¿Cuál será la herramienta precisa, la prosa que pueda mantener al artista que vive en ese aislamiento voluntario, en ese monasterio de Miami Beach, llamado el mundo de Reinaldo?

Cuando comencé la lectura del libro, no pude despegar los ojos hasta concluirlo, me encontraba con el artista, capaz de mostrar el horror desde una visión genuina. Su autenticidad permanecía fiel, Reinaldo narraba un tema conocido con ojos propios, su herramienta era la prosa esta vez, sin embargo, seguía siendo el mismo poeta que atravesaba en calma el Estanque de aguas cristalinas, pero Reinaldo, tal vez sin saberlo, había sacado a la luz “las viejas alimañas de las profundidades; culebras tentáculos” estaban allí como un acto de exorcismo, como una regresión de un psicoanálisis que compartía sus vivencias padecidas, transformadas en belleza con el don de la palabra, con esa capacidad ilimitada del artista, cuando crea en libertad.



García Ramos lee un pasaje de su libro sobre Mariel.

## **Reinaldo García Ramos**

### **EL MOSQUITO, LOS PERROS <sup>1</sup>**

Desde que nos bajamos de las guaguas y lo vimos de cerca, el lugar nos pareció siniestro. Era una base militar pegada a la costa y rodeada de alambradas por los otros tres costados. El viaje había durado cuatro horas y estábamos entumecidos y muy cansados; nos movíamos con torpeza. El soldado que había venido con nosotros nos empezó a agitar para que saliéramos del vehículo y lo dejáramos libre; seguramente lo volverían a enviar a Cuatro Ruedas para recoger más “escoria”. A medida que nos bajábamos, un oficial que estaba afuera nos iba pidiendo los pasaportes y los “salvoconductos”.

— Se los damos otra vez a la salida —fue lo que explicó.

Me resigné a soltar el mío, pero enseguida me sentí indefenso, a expensas de cualquier cosa. Todos habíamos notado enseguida que en El Mosquito, como se llamaba aquel lugar, reinaba un clima de agresividad. Había algo en el ambiente que causaba una impresión de riesgo físico.

El aire era denso y venía cargado de rumores del mar. Pero todo lo demás estaba sumido en un pastoso silencio que nos hizo bajar el tono de las voces. Por el modo en que empezamos a murmurar entre nosotros, se habría dicho que estábamos por entrar en un hospital lleno de

---

<sup>1</sup> Fragmento del libro *Cuerpos al borde de una isla; mi salida de Cuba por Mariel*. Editorial Silueta, Miami, 2010.

moribundos. Los únicos que hablaban normalmente eran los guardias; si bien a veces subían el volumen para dar alguna orden, nunca lo hicieron del modo estentóreo que habían adoptado los de Cuatro Ruedas.

Por todos lados se veían armas de diverso tipo, incluso artillería ligera, y camionetas de combate que daban frenazos ostentosos para hacer sentir su presencia. Más allá, a cierta distancia de nuestras guaguas, vi varios pelotones que avanzaban en formación, con cascos y armas largas. Iban custodiando a varios grupos de hombres con la cabeza rapada, seguramente prisioneros recién sacados de sus celdas.

Esos son, pensé, los viajeros que el gobierno ha elegido: los presidiarios que han visto la perspectiva del exilio como un mal menor, comparado con una prolongación de sus respectivas condenas. Llevaban amplios overoles grises y tenían aspecto sumiso, parecían autómatas adormecidos. Pero sus rostros fríos y cortantes dispersaban una filosa energía, una tácita amenaza. Al mirarlos se nos borró de golpe el tenue alivio que habíamos sentido al salir del campamento anterior.

Sin embargo, las miradas que ellos nos lanzaron a distancia no expresaban curiosidad alguna. Nuestra presencia no les provocó ni siquiera comentarios de burla. Posiblemente ya habían visto llegar muchas otras guaguas similares a la nuestra, cargadas de rostros anónimos que los observaban con desconfianza.

Al rato de tenernos allí parados, las guaguas vacías empezaron a irse y los guardias nos fueron custodiando hacia otra zona del campamento, más cercana al mar. Y nos dejaron en una especie de pedregal, muy cerca de los arrecifes. Por suerte había varias matas de uva de caleta y enseguida me metí bajo la sombra de una de ellas lo mejor que pude, porque eran más de las 2 y el sol me estaba comiendo vivo.

Y allí esperé. Todo en El Mosquito parecía marcado por una atmósfera de guerra. Una guerra callada, contenida, en acecho. Los movimientos y gestos de los soldados parecían revelar que estaba a punto de declararse un pavoroso combate; eso les daba la ocasión de exhibir todo su repertorio de ademanes bélicos; se sentían en gran medida realizados. Pero era ridículo; si había alguna guerra era virtual, era un enfrentamiento de principios, de actitud ante la vida: entre la obediencia y la rebeldía. Y también un antagonismo muy desigual: de un lado ellos, militares adiestrados y disciplinados, provistos de botas, cinturones, pistolas y mando, y del otro lado nosotros, un montón de seres humanos desarmados, enflaquecidos y hambrientos.

Pero lo más sobrecogedor de aquel lugar, según lo recuerdo, no fue la presencia de los presidiarios, ni de las armas largas y los cascos, ni los gestos ostentosos de los soldados. Lo más aterrador fueron los perros.

Los vine a descubrir después de un rato de esperar junto a los arrecifes, cuando vi que llegaba un nuevo contingente de presidiarios que se empezó a bajar con torpeza del camión que los había traído. Dos de los guardias habían ido a buscar a los perros al fondo de una barraca y habían esperado la llegada del camión sin moverse, con las piernas abiertas, sujetando las traíllas con sus puños crispados. Eran como cuatro o cinco perros por traílla.

Los perros, unos pastores alemanes muy hermosos y fuertes, daban pequeños saltos de impaciencia y a cada rato soltaban ladridos de amenaza, para saludar a los recién llegados. Siempre me habían gustado los perros, pero cuando descubrí la presencia de estos ávidos guardianes en manos de los guardias, me estremecí de pavor.

Y para colmo, en ese momento descubrí que habían aparecido otros tres guardias con traíllas de perros muy cerca de nosotros. Uno de ellos se paseaba con orgullo a menos de diez pasos de mí. Las pupilas azuladas de aquellos animales nos miraban con una precisión metálica, emitían un destello devorador. Lanzaban gemidos de excitación desde debajo de sus bozales. Estaban muy bien amaestrados, pero eran la imagen misma del poder. No podían caer sobre nosotros aún, pero podían hacerlo en cualquier momento; bastaba con que el guardia interpretara erróneamente alguno de nuestros gestos. El bozal ocultaba el hocico de cada uno de ellos, pero al mismo tiempo subrayaba la capacidad destructiva de aquellos dientes.

A veces uno de ellos se incorporaba bruscamente sobre sus patas musculosas, con las orejas erectas, como si hubiera elegido ya a una víctima entre el gentío, y nos miraba de manera más fija. Con sólo ese simple gesto quedaba demostrado que ellos eran los amos, y nosotros sus miserables siervos. Por suerte, después de un rato los mismos guardias se los llevaron para la barraca de donde los habían sacado. Todos respiramos con alivio.

## Cuerpos al borde de una isla

Por Luis de la Paz

No fue hasta 1943, cuando Virgilio Piñera publica su gran poema *La isla en peso*, que la insularidad como tal alcanza una dimensión de asfixia. Al expresar el poeta: “La maldita circunstancia del agua por todas partes”, le imprime con el adjetivo “maldita” un marco que taladra la insularidad de una manera definitoria, que va más allá de una mera circunstancia geográfica (hasta ese instante aceptada con silenciosa resignación), para convertirse en una tragedia de grandes proporciones. El poema virgiliano ha de percibirse como una suerte de premonitorio aviso, pavoroso aviso, de algo perverso y dañino que habría de posesionarse de la isla de Cuba después de 1959, que es el castrismo. De manera que la combinación funesta de la maldición del mar y el infortunado castrismo, convirtieron a Cuba en una prisión, *mar-tiranía*, que inculca un veneno que embriaga y envilece. Ante esa desesperanza, la única opción viable es la de escapar de ella lo antes posible (mientras más joven mejor). Quizás por eso, de una manera instintiva, la mayoría de los cubanos sólo piensa en escapar de aquel infierno.

Ese encierro insular permanente, en medio de una dictadura, ha puesto al cubano ante la difícil y arriesgada decisión de escapar por mar; una fuga que conlleva riesgos insospechados. La historia de Cuba del último medio siglo está llena de víctimas y testigos, de esas salidas riesgosas y angustiosas, como la que realizó el escritor Reinaldo García Ramos, durante el éxodo del Mariel en 1980, y que tres décadas después de haber dejado la isla recoge en *Cuerpos al borde de una isla, mi salida de Cuba por Mariel*, un libro testimonio, sobrecogedor, intenso, donde, regresando al poema de Virgilio, la isla, el agua, es la frontera que ahoga y redime. Trampa que recoge con precisión el cuadro *Confluencias* del pintor Jesús Selga, que ilustra la cubierta del libro que hoy presentamos, publicado por la pujante Editorial Silueta.

El libro ofrece una visión minuciosa del largo, inquietante, comprometedor y doloroso proceso que tuvo que pasar Reinaldo desde el día en que se enteró que miles de cubanos estaban pidiendo asilo en la Embajada del Perú en La Habana, hasta que el barco en el que logró salir de la isla se adentraba en la corriente del golfo, “alcé la vista y volví a mirar hacia atrás, ya la costa se había hundido en el horizonte. En ese instante me di cuenta de que el tiempo había estallado en dos pedazos...”. Esto que he leído en primera persona son las palabras con las que Reinaldo García Ramos cierra su libro; describiendo las mismas sensaciones que yo experimenté cuando desde el camaronero que me llevaba a Cayo Hueso veía desaparecer las costas cubanas y tuve plena conciencia (la dudosa satisfacción) de que marcaba el fin de un algo desafortunado, que anunciaba además, el principio de un futuro, digamos incierto, pero futuro al fin.

Reinaldo logra en *Cuerpos al borde de una isla* recrear el ambiente que imperaba en los duros días de abril de 1980, cuando La Habana dejó atrás el sopor y la soñolencia en que estaba sumida, tras el giro que le dio a la historia un grupo de seres desesperados que proyectaron una guagua contra la cerca de la embajada peruana. El incidente provocó el asilo de 10,800 personas y varios meses de volátil situación social, marcada por la violencia institucionalizada y abandonar el país desde el puerto de Mariel.

Con lujo de detalles Reinaldo va recogiendo la atmósfera social y el largo proceso para salir de Cuba. Pero más allá de los detalles, el autor penetra en la psicología de la gente que le rodea, analiza el comportamiento de las masas, los enrevesados mecanismos para sobrevivir en la isla, incluso los no menos complejos y riesgosos para poder escapar de ella.

*Cuerpos al borde de una isla* tiene una estructura cronológica ascendente. Los 37 capítulos cubren desde *Un lunes extraño*, cuando el autor se enteró que algo pasaba en la ciudad, hasta *Al partir*, con la carga determinante que significaba la partida. Entre estos dos extremos las vicisitudes padecidas, las humillaciones, la angustia, la desintegración de la familia, el miedo y una serie de agudas reflexiones sobre el comportamiento humano, es lo que proyecta este libro un paso más allá de la estricta narración testimonial: “Hasta tal punto el miedo a las represalias políticas se nos había inoculado en la conciencia, y hasta tal punto todos trampeábamos al manifestar nuestras opiniones y deseos, que dos buenos amigos podían verse juntos ante una misma situación difícil sin que ninguno de ellos pudiera imaginarse con antelación cuáles iban a ser las reacciones del otro”. En estas oraciones Reinaldo retrata como un todo el alma envilecida del cubano bajo el castrismo.

En otro momento, al describir a Andrés, un querido amigo que acababa de salir de la embajada apunta: “Su rostro mostraba, por debajo de la piel quemada, una transparencia casi mórbida. El tiempo de su estancia en la embajada lo había transformado, parecía cocinado en vida: esos nueve días a la intemperie, asediado por el terrible sol y los insectos, por el hambre y la sed, privado de sueño y de aseo, y sumido en la incertidumbre, habían dejado su huella”. Unos párrafos después señala el significado del sacrificio de Andrés: “Él había recobrado por el momento la capacidad de definir sus movimientos y el privilegio de atenerse a las consecuencias de sus actos”; añadiendo: “Yo, en cambio, seguía siendo un pobre diablo, que retornaría enseguida a su sitio, callado y dócil, disciplinado y obediente”. Durante ese encuentro hubo un momento crucial. Reinaldo escribe: “Nada resultó a la larga más decisivo para lo que hice después que haber visto y tocado aquel pasaporte. Sostenerlo en mis manos, olerlo, fue una revelación: en ese instante comprobé de manera irrevocable que tenía que actuar, que no iba a obtener la salida del país si me quedaba con los brazos cruzados”. Ese momento relampagueante, de irracional comportamiento (si se piensa dos veces, no se da el paso), marca el instante liberador, la enorme alegría que se siente (tal vez mientras se tiembla de pavor) de decir: ha llegado el momento de quitarme la máscara atroz que vilmente he llevado asida al rostro durante tantos años. É se es uno de los momentos en la vida del cubano bajo el castrismo en que, repito, más se tiembla, en el que más se goza.

*Cuerpos al borde de una isla* es el más completo trabajo testimonial que he leído sobre el éxodo del Mariel. El libro es a un mismo tiempo la lucha de un individuo (Reinaldo) ante su destino, y el desafío de una sociedad (todos), víctimas y victimarios, ante una tiranía. Este sí es uno de esos libros que de verdad todos deberíamos leer.

Texto leído por su autor en la presentación del libro *Cuerpos al borde de una isla; mi salida de Cuba por Mariel*, de Reinaldo García Ramos, que tuvo lugar en el Centro Cultural Español, en Coral Gables, el día 27 de noviembre de 2010.

**Reinaldo García Ramos** recibió en 2006 el XI Premio Internacional de Poesía Luys Santamarina-Ciudad de Cieza con su libro *Obra del fugitivo*, publicado ese año en Madrid. En Cuba perteneció al grupo de escritores **El Puente** (1962-1964), con el cual publicó *Acta* (1962), su primer poemario. Terminó estudios de Letras en la Universidad de La Habana en 1978. Desde 1980 hasta 2001 residió en Nueva York, donde trabajó de editor en varios órganos de prensa y de traductor en las Naciones Unidas. Fue miembro del Consejo de Dirección de la revista *Mariel* (Nueva York, 1983-1985) y fundador y editor de la revista de poesía *Decir del Agua* (2002-2008). Ha publicado los poemarios *El buen peligro* (Madrid, 1987), *Caverna fiel* (Madrid, 1993), *En la llanura* (Coral Gables, 2001) y *Únicas ofrendas, cinco poemas* (Madrid, 2004) y *El ánimo animal* (2008). Reside en Miami Beach, Florida.

**Rodolfo Martínez Sotomayor** nació en La Habana en 1966 y llegó a Estados Unidos en 1989. Cursó estudios de Economía en Cuba y de periodismo en el Koubek Center de la Universidad de Miami. Ha colaborado en diversas revistas y periódicos de los Estados Unidos y España en sus secciones de arte y literatura, y ha publicado los libros *Contrastes* (La Torre de Papel, 1996), *Claustrofobia y otros encierros* (Ediciones Universal, 2005), y la compilación de textos *Palabras por un joven suicida: homenaje al escritor Juan Francisco Pulido* (Editorial Silueta, 2006). Cuentos y poemas suyos han sido incluidos en recopilaciones y antologías como *Nuevos narradores cubanos* (Siruela, 2001), traducido al francés, al alemán, y al finés, *Reinaldo Arena aunque anochezca* (Ediciones Universal, 2001), y *Cuentos desde Miami* (Barcelona, 2004), entre otros.





Al concluir el acto, de izquierda a derecha: Yara Montes, Matías Montes Huidobro, García Ramos, Martínez Sotomayor, Luis de la Paz y José Abreu Felipe.

